

---

---

## XVIII

Excursiones.—Prostitucion.—El juego.—Una escena  
de la vida íntima.

**P**ARA nosotros que tenemos como frases características aquello de: ¿qué anda vd. haciendo?—Hombre, pasando el rato.—¿Qué es de la vida de vd.?—Ya vd. lo ve, vegetando.—¿Qué vino vd. á hacer por aquí?—A dar una vuelta, á matar el fastidio; para nosotros, que tan paladinamente confesamos el imperio del ocio, no se conciben esos tropeles de gente que van, vienen, suben, bajan, escriben en sus carteras, corren, se encaraman en el pescante de un coche, saltan á un tren y se escabullen en una embarcacion; no se conciben personas que vuelan unas en pos de otras á alcanzar el ómnibus que parte, y á asaltar el wagon que va corriendo: va uno como perdido entre gente que huye de un incendio ó á quien agita una conmocion popular. Si en

una casa ruedan tercios, en la otra celebran un remate, y de otro edificio salen volando los que llevan noticias al barco que parte.

Se entra uno en un almacén, nadie se distrae, nadie saluda, á nadie importa lo que hacen los demás; se cuele uno en una tabaquería, enciende su cigarro, ve, inspecciona, y á nadie se le ocurre detenerlo ni despedirlo. De este modo, el ente sin ocupación alguna, está como aislado y se le figura que le señalan con el dedo.

Pero con todo y todo, así vagaba yo entre la multitud, cuando me tomó del brazo mi apreciable amigo el Sr. Gaxiola, y me subió á su despacho, en un vuelo, porque á tanto equivale subir á cualquiera parte en elevador.

Tienen para un mexicano cierta novedad esos edificios en que los hombres hacen el despacho de sus negocios, independientes de toda familia y destinados *ad hoc* para asuntos.

Desde la calle, en los claros que hay de escalón á escalón, se leen letreros con los nombres y las profesiones ó negocios que tienen los varios departamentos.—*Mad. Lili*, modista, núm. 14.—*Mr. Raff*, Atorney, núm. 18.—*Mr. Thetti*, dentista, núm. 9, etc.

El elevador va haciendo posas en cada piso, como un *wagon* en cada bocacalle, y salen y entran viajeros que es una gloria.

Por supuesto que no se ve ese letrado de *gorra griega* y bata, con la bordada chinela, que recibe pretencioso, con quien juega el faldero, carga al *nene* para conceptuarse de padre amoroso, ó le llaman de parte de la señorita, que está inquieta por las clientes buenas mozas; no distrae de los

asuntos al capitalista salir al patio á ver los caballos de los chicos, ni al agente de negocios, las resistencias del párvulo para ir á la escuela; nada de eso, cada quien está en sus asuntos, y el número uno me lo tengo yo.

Subí, pues, con el Sr. Gaxiola á su despacho, que consta, como todos, del mostrador, el enverjado, la caja de fierro y los escritorios, y me dijo: esperaba á vd. porque almorzamos juntos.

Así fué: á dos pasos del despacho, en la calle de Montgomery, y sin grande apariencia, se encuentra uno de los más espléndidos *restaurants* de San Francisco: manjares exquisitos, riquísimos vinos, departamentos como relicarios de belleza.

Cada uno de los departamentos es aislado: consta de una pequeña sala de desahogo y del salón del comedor, lleno de espejos y cortinas.

Me esperaba una agradabilísima sorpresa: en el comedor estaban mis amigos Shleiden, Iberri, Andrade, Carrascosa y no sé cuántos más, que nos instalamos al entusiasta grito de "¡Viva México!" Se comió, se bebió, se cantó y nos mecimos en los recuerdos de la patria ausente.

—A propósito, *Fidel*, me dijo uno de los amigos, cuidado con los estudios de costumbres por esos desastrados barrios del norte de la capital, ó como si dijéramos: "Barbary Coast."

—¡Cómo! replicó otro, ¿se ha atrevido vd. á penetrar por esos antros?

—Tengo gran curiosidad de verlos, dije yo; es mi costumbre en México: lo más que me ha costado es la diatriba de la gente gazmoña de la aristocracia *de doublé* y gar-

banzas, que es tan asustadiza como corrompida, y de los malquerientes que nunca faltan, y muchos de los cuales merecen un grillete, como San Antonio una vela.

—Pues por estos mundos es otra cosa; nadie se meterá con vd., porque el chisme, que es nuestro pan cotidiano por allá, tiene poca boga donde hay poca gente ociosa; pero en cuanto á peligros de otro género, es muy diferente.

—Hoy han disminuido mucho esos peligros; pero ántes, en esas encrucijadas que parten de la calle de Dupont, se enmarañan en el mercado chino, cuelgan y como que se escurren por Stockton y otros puntos, se anidaba todo lo que hay de más nauseabundo en el vicio y de deshonroso para la especie humana.

—Era imposible penetrar por esos barrios, aun de día: las descripciones de la *Cité*, hechas por Victor Hugo y por Eugenio Sué; lo escrito en los Misterios de Lóndres, sobre aquellos prófugos del patíbulo; aquellos harapos, aquellas voces aguardientosas de mujeres, lujuria, miseria y putrefacción sobre el vicio insolente, son sombras comparados con esto.

—El gargarismo rasposo de la palabra alemana, el chillido del chino, el salvaje gruñido del yankee, una música que aulla, unas bebidas que queman, unas mujeres que azotan la piel con su mirada, como la ortiga, ojos destilando aceite, pechos con maque de alcohol, brazos de momia, vientres salidos de quicio, tabernas como infierno, el humo, el tifo, el absurdo, la contradicción social, el asco y la muerte.

—Es natural; entre los aventureros poderosos viene esa borra, esa gusanera que se recoge y queda como la hez de esta sociedad heterogénea y temeraria.

—La blasfemia, el asesinato, el abortivo, la sangre, la sombra, la formación de un caos de los desechos de la desorganización social.

—En esos barrios había como una muralla en que se estrellaba la policía; muchas veces tuvo ésta que retroceder, repelida por ese conjunto de buitres, de víboras y de panteras.

—Allí se forjan instrumentos sutilísimos para horadar techos y forzar cerraduras; allí se confeccionan venenos; allí se idean instrumentos con que se produce la muerte, borrando la huella del crimen; allí se halla listo para todo infernal servicio, el salteador, el incendiario, el falsificador y el supuesto heredero; allí se escandalizaría Satanás, si tuviera valor de penetrar.

Y como han solido precipitarse en esos abismos grandes damas, personajes opulentos, letrados eminentes, se ven harapos sociales en que se reconoce la seda y la gasa, el esmerado lenguaje y las maneras pulcras en hombres medio desnudos y asquerosos, y nos repugna, como nos repugna el mono, porque somos nosotros mismos en degradación y en caricatura espantosa.

Allí se ven patentes los efectos de esa educación masculina de la mujer, que rompe todo vínculo, que ahoga todo afecto, que la aísla y emancipa.

Allí se palpa esa propensión á la esterilidad artificial que suprime *estorbos*, pero que pudre el corazón de la infanticida.

Allí retrocede espantado el hombre de corazón, de esa *conciencia*, que es el todo de esta sociedad, en que domina encarnado el positivismo. Allí, por último, se rebaja mucho